



SUMARIO

Imagen de Ntra. Sra. del Rosario (fotograbado).—Los Desposorios de Nuestra Señora, por *M. Meschler, S. J.*—La Acción Católica y el cinematógrafo, por *El Cardenal Pacelli.*—El rosario, Badia y sus victimas. Las armas que vencen siempre. La persecución de los sacerdotes.—Montoro. La Virgen del Rosario.—Bienaventurados los pobres. Bienaventurados los limpios de corazón, por *María de Echarri.*—Mundo católico. El éxito de un Congreso Mariano, por *Martin D' Aymer.*—La consolidación del Templo del Pilar.—Trazos sociales. Lo que aún puede un cura..., por *Victor.*—Un católico es elegido alcalde de Londres.—Campanita matutina. Oasis espiritual, por *Victor Espinós.*—¡El Cristo profanado!; por *Joaquín María de Nadal.*—Obreras ante el Papa —¡A Ti nó, Cristo rojo, porque eres de los nuestros!; por *Eme de E.*—Teatros y cines, por *E. Abri.*



AÑO XII

NÚMERO 135

Córdoba y Noviembre de 1934

Imprenta «El Defensor», Ambrosio de Mora'es, 6

EL JARABE DE

HIPOFOSFITOS SALUD



Combate eficazmente:

**Raquitismo, Anemia, Inapetencia,
Neurastenia, Agotamiento
y vejez prematura.**

Es el mejor **Regenerador** de la sangre.
El **Tónico** más eficaz y poderoso.
El verdadero **Reconstituyente** para
toda naturaleza endeble o debilitada.

¡ES UN TORRENTE DE VIDA!

Aprobado por la Academia de Medicina.
Inalterable. Puede usarse en todo tiempo
No se vende a granel.

LAXANTE SALUD

Perfecto regulador del intestino y del hígado.
Es suave, rápido y seguro. Grageas en cajitas precintadas. Pídanse en farmacias.

Obras del Padre Alberto Risco, S. J.

	Pesetas		Pesetas
Paso a Paso (novela)	2	La Escuadra del Almirante Cervera (historia amena)	4'50
Mariela (novela).	5	Amor de madre (poesías)	2
Emigración (novela).	2'50	P. Pascual Cervera y Topete (biografía)	18
Los que triunfan (novela).	5	P. Juan de la Cruz Granero (biografía)	4
Los Rebeldes (novela).	2	P. Francisco de P. Tarín (biografía)	6
Mil hombres (historia amena).	5'50	Historia de la Literatura (compendio)	3
Flores silvestres (novela).	5		
Tristes y alegres (cuentos)	2		
Los dos amores (cuento)	0'75		
Cinco visitas (cuento)	0'50		
Juan de la Tierra (historia amena)	4		

De venta en la Redacción del periódico «Razón y Fe», Plaza de Santo Domingo, 14, Madrid.

Revista Mariana

PUBLICACIÓN MENSUAL CON CENSURA ECLESIASTICA

Dedicada a fomentar la devoción á la Santísima Virgen

AÑO XII

CÓRDOBA Y NOVIEMBRE DE 1934

Núm. 135

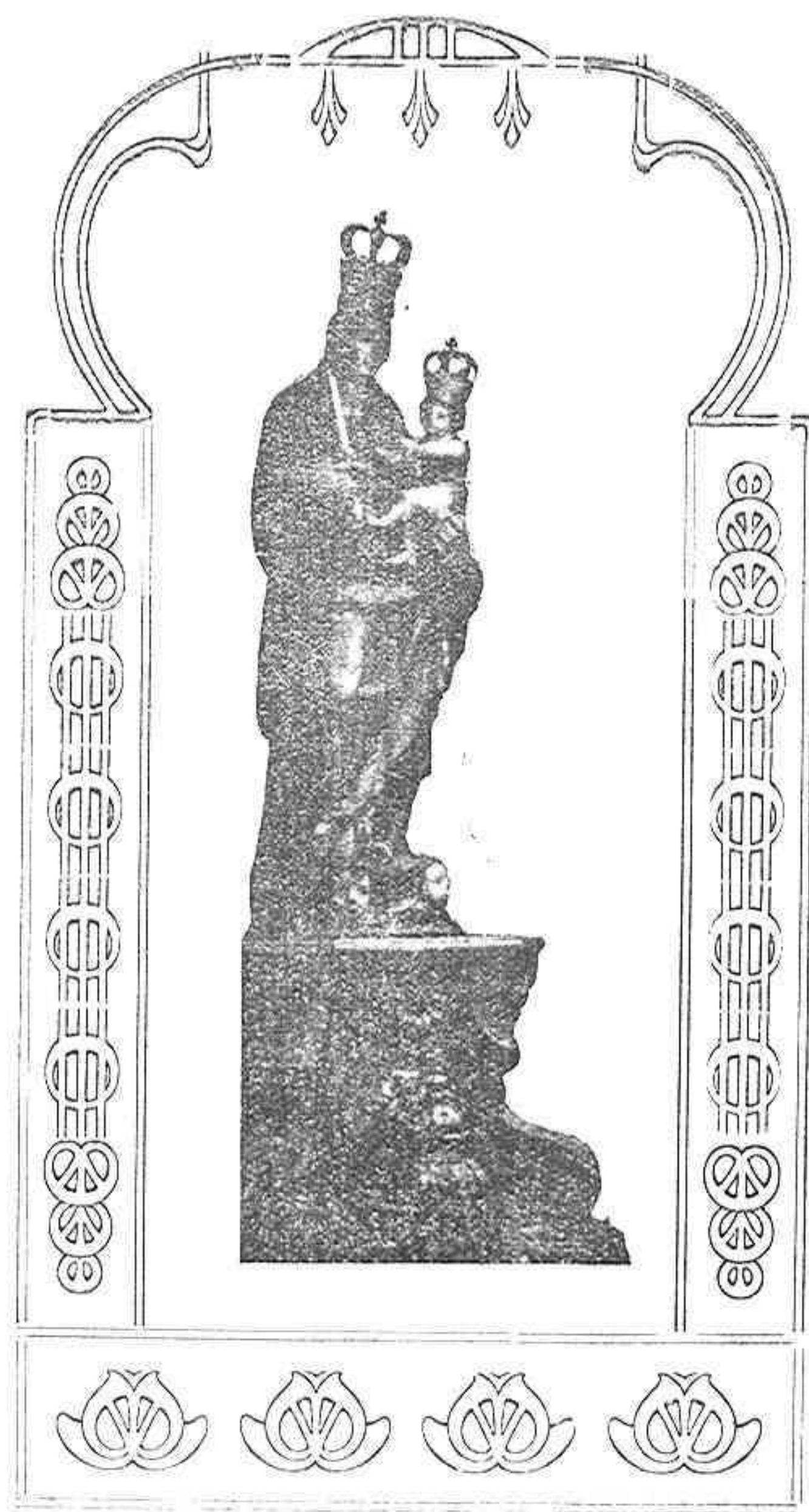


Imagen de Ntra. Sra. del Rosario, Patrona de Montoro

Los Desposorios de Nuestra Señora



No es fácil determinar exactamente cuánto tiempo permaneció en el templo la Santísima Virgen, y si al regresar a la casa de sus padres vivían ellos todavía. Lo que sí puede sostenerse como muy probable es, que durante su permanencia en el templo, se consagró a Dios con voto de virginidad. En este sentido interpretan muy lógicamente los santos Padres las palabras con que respondió al ángel, cuando le trajo la embajada de que había de ser Madre de Dios: «¿Cómo puede ser ésto, si no conozco varón?» (Luc. 1, 34). Interpretación razonable; porque tales palabras, dichas después de sus desposorios con San José, no pueden significar otra cosa sino el firme propósito de conservar a todo trance su virginidad. Es opinión general de los santos Padres y teólogos, que tal propósito fué verdadero voto; aunque no es cosa averiguada si ofreció este voto con ánimo de que fuera temporal o de que fuera perpétuo; pues no le constaba expresamente la voluntad de Dios. Asimismo, la opinión de muchos de que María, desde el principio ya de su estancia en el templo, se obligase a la guarda de la virginidad, y más aún, que fuese la primera entre todas, en desposarse de este modo con Dios, no es inverosímil, dada la condición extraordinaria de la gracia de esta niña; sobre todo sabiendo, como sabemos, que también otras santas, en sus juveniles años, consagraron a Dios su virginidad.

Siempre se ha tenido el estado de las vírgenes, tan alabadas del Señor, como un distintivo singular y glorioso, que por Cristo nos vino en el nuevo orden de la gracia. En este sentido llama la Iglesia preferentemente a

María, «Virgen de vírgenes». Porque habiendo de nacer de una virgen el Hijo de Dios, esto es, el Mesías, según estaba profetizado (Is. 7, 14), entraba más de lleno María, por el voto de virginidad, en el camino que la había de conducir a la altísima dignidad de Madre de Dios.

Entre tanto la divina Providencia preparó también en otra forma este camino; porque según los designios de Dios, convenía que el cumplimiento de la Encarnación permaneciera escondido a los hombres, hasta su debido tiempo. Mas para que el Salvador entrara en el mundo por honrosa manera, era conveniente que por lo menos tuviera un padre según la ley; y así debía el gran misterio verificarse y guardarse a la sombra de una vida de familia ordinaria y conyugal.

Y aquí es donde interviene José en el plan divino. El Evangelio sólo nos dice de él, que era descendiente de David, y por lo tanto deudo de María, carpintero (Matth. 13, 55), y varón justo (Matth. 1, 19), esto es, hombre de gran santidad, como se deja entender por haberle Dios escogido para ser cabeza de la Sagrada Familia, padre legal de su Hijo, y esposo de la Madre de éste.

Es cosa digna de atención que los primeros poetas cristianos, entre nuestros antepasados, que tenían en altísimo concepto la nobleza de sangre, el valor y la hidalguía, presentan con este carácter a los personajes del Evangelio y también, por consiguiente, al mismo San José. Según ellos, era el Santo un príncipe caballeroso, cuyos antecesores todos eran reyes; o un noble constructor de navíos, muy estimado y requerido por su arte. Lo que hay de verdad en todo esto es que San José, a pesar de su manera de vivir humilde, fué realmente por su nacimiento varón principal y noble, de condición elevada y regia cuanto al espíritu, y designado para interve-

nir por modo especialísimo en los planes divinos; y ciertamente, como le llama San Bernardo, el Ángel del gran Consejo de Dios. Sólo los poetas posteriores lo pintan como sencillito artesano y carpintero, que con su mujer, en vez de habitar en una cámara bien aderezada de algún castillo o fortaleza, vive en el aposento de una casa ordinaria. Y precisamente por eso pudo servir al Salvador para sus planes.

Pero ¿cómo unir en matrimonio a estas dos piadosísimas almas, pues ni uno ni otro parecían dispuestos para este estado por camino ordinario? Porque, si bien el matrimonio es un estado santo, lo es más, como dice San Pablo, la virginidad consagrada a Dios (1 Cor. 7, 38). Además, al aceptar María el matrimonio, obligábase a no pequeños sacrificios: al sacrificio de la libre disposición de sí misma; a tener que ocuparse en asuntos terrenos y sujetarse a los cuidados y negocios domésticos; y sobre todo a privarse del trato único y con Dios. Lo mismo digamos, en justa proporción, del santo José. Solamente la voluntad de Dios bien conocida les podía decidir a tomar el yugo del matrimonio; porque, si bien amaban entrambos la virginidad, pero estimaban infinitamente más la voluntad santísima de Dios, regla y medida de toda santidad.

El conocimiento de esta voluntad podía venirles por dos caminos; natural el uno, sobrenatural el otro. María, como se ha dicho, era la heredera de una familia davídica; por lo cual podían sus parientes, o los sacerdotes, a quienes incumbía velar por el cumplimiento de la ley y por la conservación de las familias antiguas, obligarla a dar su mano al santo José (Números 36, 8). En esta obligación vieron uno y otro la voluntad de Dios, y consintieron en los desposorios. Este fué el camino natural y ordinario.

El camino extraordinario fué que

Dios les ilustró de un modo sobrenatural acerca de la mutua intención de conservar la virginidad toda su vida, a pesar del lazo del matrimonio, y con este propósito realizar los desposorios. Estos esponsales fueron también obra de singular intervención divina, para los fines de la Encarnación, según el parecer de varios santos Padres y teólogos, y los apoya la Iglesia, la cual en la oración litúrgica del Patrocinio de San José califica de admirable disposición de la divina Providencia este acontecimiento. Es ésta la opinión más digna y elevada; pues así como Dios pudo predestinar a María como madre virgen, pudo también procurarle un esposo virgen; y hacer esto de manera que pareciese intentar todo lo contrario.

Es probable que la ceremonia se hizo en Jerusalem, en algún departamento del templo. Según la costumbre de aquellos tiempos, el esposo ofrecía en arras una joya o anillo al padre de la esposa o a su tutor, en presencia de los parientes; o bien los esposos expresaban de palabra su voluntad de contraer matrimonio.

María debía de tener entonces unos quince años. Era de muy hermoso y amable parecer, y por haber tenido tan esmerada educación en el templo, poseía gran caudal de conocimientos, y eran sus virtudes extraordinariamente eximias y maravillosas. San José fué seguramente también de noble presencia y de excelentes cualidades en talento y bondad; y estaba en la mejor edad varonil, algo mayor que su esposa. Sólo así podía ser cabeza de la Sagrada Familia y su consuelo y firme sostén en todos los acontecimientos de la vida.

En leyendas y pinturas se ha tratado mucho este amable misterio. Según una de estas leyendas, dieron orden los sacerdotes del templo de que todos los jóvenes de la familia de David, imitando la manera cómo Aarón

fué designado por Dios para el sumo sacerdocio, colocaran en el umbral del *Sancta Sanctorum*, cada uno su vara o ramo. Y resolvieron que aquel cuya vara reverdeciera y echara flor, y sobre ella descendiera el Espíritu Santo, ése fuera el feliz esposo de la Virgen. Sólo floreció la vara de José, y viose al Espíritu Santo posarse sobre ella. Y ésta es la razón porque suele llevar el santo José una vara florida, sobre la cual descansa el Espíritu Santo. Así lo pintan Giotto en Padua (en Santa María dell' Arena), y Gaddi en Florencia (en Santa Cruz).

No cabe duda que los desposorios miraban a un fin superior, verdaderamente sacerdotal; que el Espíritu Santo fué quien hizo la elección del esposo y que San José llevaba el cetro de la virginidad en la Sagrada Familia.

En todos los cuadros de este asunto se verifica el suceso delante del templo, o en una sala o aposento del mismo; para significar que este verdadero matrimonio celebróse, en el más alto sentido de la palabra, *en presencia de Dios*. Casi en todos ellos el sacerdote, que es a veces el mismo sumo sacerdote, revestido de pontifical, ocupa el centro del grupo y une las manos de los contrayentes, o las acompaña él, en el acto de ofrecer y recibir el anillo. En algún cuadro pónese de realce la tranquilidad y recogimiento del santo esposo y del sacerdote, ante la turbación de los jóvenes no elegidos por Dios, los cuales muévense agitados y rompiendo sus varas, por haber permanecido secas.

En el cuadro de Ghirlandajo de Santa María la Novella de Florencia, se ve un hombre arrancando una flor de la vara maravillosa de San José. Dicen que la toma como recuerdo del milagro o como prenda de futura bienandanza. Al lado de los cuadros de Pinturicchio, en Santa María del Pópolo en Roma; de Schraudolpho en la catedral de Espira y de Steinle, se

aventajó el cuadro del gran maestro, Rafael, notable por la unidad y armonía que sabe dar a la inmensa variedad de sus grupos, llenos de vida. Nadie representa con tanta hermosura como él la tranquila y reposada gravedad, la pureza, la humildad y la modesta y confiada serenidad, que resplandece en las figuras de María y de José.

Con los desposorios terminaba, según la ley y la costumbre judaica, lo esencial del matrimonio; porque la bendición nupcial, que se daba después de acompañar solemnemente a la esposa a su casa, sólo servía para atestiguar que se tenían por válidos ante la ley los esponsales contraídos; aunque los esposos debían vivir separados hasta haber recibido dicha bendición. María salió entonces del templo y regresó a Nazaret; donde, como dicen los antiguos poetas, había heredado de sus padres una casa y una poca tierra de labor.

Nazaret está en un valle pacífico y ameno, que se extiende entre los montes al norte de la llanura de Esdrelón, en Galilea. Las blancas y modestas viviendas de la pequeña ciudad, coronadas de azoteas, se extienden desiguales hacia la subida de un monte situado hacia el norte; de manera que desde las vertientes meridionales, que terminan en el valle de Esdrelón, vense ya relucir las casas de Nazaret, de donde le viene el llamarse «la ciudad blanca» o «la flor de Galilea». Y era entonces precisamente María la más hermosa e incomparable flor de las flores de Galilea, donde pasó la mayor y más feliz parte de su vida.

M. MESCHLER, S. J.

LEA V. "EL DEFENSOR"

La Acción Católica y el cinematógrafo



Con ocasión de una audiencia concedida a los delegados de la Oficina Católica Internacional del Cinematógrafo, le fué presentado al Santo Padre un informe referente a los trabajos realizados y en el que se exponía, a grandes rasgos, el programa de acción adoptado por la citada entidad.

Después de esta audiencia, el presidente de la O. C. recibió del Cardinal Secretario de Estado, la carta que publicamos a continuación, cuyo interés para los católicos en general y para la Acción Católica, muy especialmente, se desprende de su simple lectura. Dice así:

El Santo Padre, con el más vivo interés, ha tenido conocimiento del interesante informe que usted se ha servido hacerle llegar, respecto a la actividad desplegada y a los propósitos del trabajo cada día más diligente de la muy meritoria Oficina Católica Internacional del Cinematógrafo.

Su Santidad ha querido hacer resaltar la urgencia de este apostolado, que debe unir a todas las gentes de bien y animarlas a coordinar sus esfuerzos, sus energías y sus actividades para poner al servicio de la educación moral del pueblo ese poderoso medio moderno de difusión de las ideas.

A pesar de las medidas tomadas por los Poderes públicos de diversos países continúan señalando y denunciando de todas partes al Santo Padre los peligros morales y religiosos de las representaciones cinematográficas, que ejercen una influencia irresistible sobre una gran parte de la humanidad, y muy especialmente sobre la juventud, lo que verdaderamente compromete todo el porvenir.

Los laudables esfuerzos de los legisladores y de los hombres de estu-

dio, de los padres y de los educadores encargados de formar las nuevas generaciones para que piensen y vivan honestamente, corren, por consiguiente, el peligro de verse irremisiblemente comprometidos por esas frecuentes representaciones de una vida artificial e inmoral: el materialismo que en ellas domina es por sí mismo una negación y una negativa de los bienes supremos aportados por el cristianismo, indispensables para la conservación y el desenvolvimiento de la civilización cristiana en el mundo.

Así, pues, mientras se va extinguiendo lentamente esta delicadeza de conciencia y esta instintiva fuerza de reacción contra el mal, que es el índice y la medida de la virtud, los espíritus se oscurecen; se deslizan, de una manera culpable, hacia concepciones sobre el mundo y la vida, inconciliables en absoluto con las reglas de la prudencia cristiana, que desde hace veinte siglos ha constituido el honor y la grandeza de los pueblos.

Si una cuestión tan angustiosa debe preocupar a todos los hombres de buena voluntad que aman a su patria, debe hacer más ardiente el celo de quienes, militando en la Acción Católica de los diferentes países, se han consagrado a un apostolado tan meritorio de elevación religiosa y social.

Y si, por una parte, es necesario practicar una vigilante y firme resistencia al mal que todo lo invade, oponiéndose para ello a las representaciones contrarias a la concepción cristiana de la vida, inspirada en las buenas costumbres, se impone, por otra más insistente aún, una acción positiva y concertada para convertir el cinematógrafo en instrumento de sana educación.

Los progresos científicos son también dones de Dios, de los que es preciso servirse para su gloria y para la extensión de su reino.

También los católicos de todos los países del mundo están obligados a considerar como un deber de conciencia el ocuparse de esta cuestión, que cada vez es más importante. El cine va a convertirse en el más grande y eficaz medio de influencia; más eficaz aún que la Prensa, porque es un hecho constante el que ciertas películas son vistas por varios millones de espectadores.

Por consiguiente, es muy de desear que los católicos organizados se ocupen con interés constante del cine en sus reuniones de Acción Católica, en sus programas de estudios, etc. Importa, al mismo tiempo, que los periódicos católicos tengan todos una sección cinematográfica para ensalzar las buenas películas y censurar las malas.

Su Santidad alaba el trabajo que la O. C. I. C. ha realizado ya, y el programa de acción que se propone llevar a buen fin, con ritmo acelerado para el porvenir.

Sin mezclarse en responsabilidad y preocupaciones de orden económico, la Oficina Católica Internacional del Cinematógrafo tiende con razón a proceder de manera que se multipliquen las grandes salas provistas de los modernos progresos, estableciendo entre sí una sólida coordinación, ya para ofrecer espectáculos instructivos y recreativos de inspiración cristiana, ya para provocar por sus peticiones de películas buenas, interés de las casas productoras para confeccionarlas.

Además—(y tal vez es éste el principal fin que debe buscarse)—ese programa tiende a despertar las energías de las gentes de bien, a fin de que, comprendiendo que han asegurado por esta coordinación una muy amplia salida a las películas buenas, puedan consagrarse con la competencia, seriedad y necesaria preparación debidas, a la producción de películas de

clase, asegurando con una empresa que, salvaguardando las buenas costumbres, se imponga por su valor técnico, artístico y humano, dando también buenos resultados materiales en el orden industrial.

El Santo Padre desea ardientemente que una obra tan saludable como O. C. I. C. encuentren una entera comprensión y una colaboración generosa entre los católicos de las diversas naciones y muy especialmente, como ya he dicho, de la Acción Católica de todos los países, a quienes sobre todo incumbe el suscitar, coordinar y orientar los esfuerzos.

Y como prenda de los más abundantes favores divinos para el feliz resultado de una obra que tiende de una manera tan evidente a la gloria de Dios y al bien de las almas, el Santo Padre envía con cordial efusión para usted y para todos sus colaboradores en ese santo apostolado la bendición apostólica implorada.

Aprovecho gustoso la ocasión para expresarle, señor canónigo, los sentimientos de mi afecto en nuestro Señor.

EL CARDENAL PACELLI.

El rosario, Badia y sus víctimas

Las armas que vencen siempre

Nadie podía suponer que en el breve espacio de un mes, la Divina Providencia no diera a todos una lección tan ejemplar.

El 9 de Septiembre se cometió la polacada de Olesa. El pobre Badia, engreído y vanidoso, en su cargo de jefe de policía, preparó la emboscada a noventa muchachos tradicionalistas que habían decidido pasar dos días en el campo.

De todos son bien conocidos los de,

talles más salientes de aquella vergonzosa villanía. La conducción de los presos por las calles de Barcelona, previo aviso radiado a la chusma, para que acudiera a lyncharlos. Las inconcebibles vejaciones de que fueron objeto, en especial el reverendo sacerdote que fué, con ellos, detenido. Queda, sin embargo, algún detalle que no se ha popularizado todavía. Se trata del momento de la detención y registro de los detenidos. Estas operaciones fueron presididas por Badia, constituido ya en grotesco «general» de sus torpes «escamots».

El asombro y furor del cabecilla no tuvieron límites al conocer el resultado de los cacheos. Ni un arma se encontró. Nada que pudiera justificar el «glorioso» servicio policiaco. Tan sólo un puñado de rosarios hallados en los bolsillos de los jóvenes excursionistas, le presentaron sus esbirros como prueba de convicción.

El Badia se desató en injurias soeces y blasfemias horribles. Con sardónica sonrisa, dirigiéndose a los jóvenes maniatados, les enseñaba los rosarios, diciéndole:

—¿Con esas armas queréis vencer?

El testigo presencial que nos ha referido la escena añade que al oír los gritos del cabecilla, una señora familiar de algún detenido, con admirable entereza cristiana se encaró con el grotesco «mariscal» y le contestó:

—Sí, esas son nuestras armas mejores; y con ellas venceremos. Usted se lleva a mi hijo, pero antes de tres meses usted estará en peor situación que nosotros. Arrastrado y perseguido por sus propios secuaces.

El desdichado que entendía más de los desplantes del «gangster» que de la corrección del caballero, hizo añicos los rosarios que tenía en las manos y únicamente sabía repetir:

—¡Vaya! ¡de qué armas os fiáis los carlistas! Yo de vosotros ya las hubie-

ra tirado. ¡Tampoco os han de servir para nada!

Esto sucedía el 9 de septiembre. Y un mes después, casi exactamente, el 6 de octubre, aquel desgraciado ensoberbecido y ciego, perdía en unas horas su privilegiada posición. Para conservarla contaba con millares de fusiles y pistolas y ametralladoras. De nada le sirvieron. El cabecilla en aquella madrugada cárdena y sangrienta, huía por las alcantarillas de la ciudad, llenas de inmundicias y de fango. Y huía temeroso, no tanto de los fusiles del ejército español, como de la ira de sus propios secuaces, que al saberse engañados, lanzaban contra él toda la rabia desatada de la derrota.

La profecía de la madre cristiana y fuerte se cumplía. Y se cumplía precisamente en las horas del alba del día de Nuestra Señora de las Victorias. ¡De la Virgen del Rosario!

Aquellos humildes rosarios rotos por las manos sacrílegas del grotesco tiranuelo, vencían, una vez más de los fusiles y las armas, alzadas en tremenda amenaza cuidadosamente preparada.

Todo el artificio guerrero del ambicioso y sectario cabecilla se desmoronó en unas horas, al empuje heroico de un puñado de soldaditos de España.

Qué pequeños somos los hombres ante los designios inexcrutables de la Divina Providencia!

La persecución de los sacerdotes

De los actos de crueldad de Asturias y de los actos de crueldad de algunos pueblos de Cataluña que se van conociendo, parece que han sido víctimas propiciatorias los sacerdotes, y de un modo, todavía más especial, los sacerdotes rurales. Ello, si otras muchas

pruebas no hubiera de lo mismo, bastaría para acreditar la salvaje e ignorante ferocidad de los revolucionarios, pues los sacerdotes suelen ser en gran parte de los pueblos, no sólo el elemento de mayor caridad, sino también el de mayor ciencia.

Ni su caridad ni su ciencia les han bastado para defenderse de las crueles agresiones, pues antes, por el contrario, esa caridad y esa ciencia es lo que precisamente ha querido castigarse en ellos por los enemigos de toda piedad y de toda ciencia.

¿Pero por qué nos extrañamos de ello, si todas las revoluciones del mundo se han caracterizado siempre por su impiedad y su incultura?

Y es que la revolución, que no se cae nunca de los labios de muchos demócratas de nuestros días, con pretensiones de intelectualidad, es esencialmente cruel e injusta.

Todas las grandes pérdidas del arte son hijas de las revoluciones. Todos los retrocesos de la ciencia han sido forzados por las revoluciones.

¿Cómo ha de ser posible que el revolucionario ame al sacerdote?

Por eso, los que no somos revolucionarios, los que deseamos vivir en paz, es justo que procedamos de inversa manera de cómo proceden los revolucionarios públicos.

Hagamos al sacerdote objeto de nuestro celo. Honremos al sacerdote en la paz, rodeémosle de prestigio, y le prepararemos su defensa, que será también la defensa de la patria, para cuando lleguen, si llegan, los periodos revolucionarios.

Los pueblos que saben honrar a sus sacerdotes, son únicamente los pueblos pacíficos y moderados.

Los hombres que les injurian y les atacan son solamente los perversos y los cobardes.

Para juzgar a un pueblo, basta únicamente conocer cómo trata a sus sacerdotes. El pueblo en que los sa-

cerdotes son injuriados y encarnecidos es forzosamente un pueblo de menguada cultura y de perversos instintos.

MONTORO

La Virgen del Rosario

En la capilla del Sagrario de la Iglesia Parroquial de San Bartolomé, de Montoro, se venera una imagen de la Santísima Virgen del Rosario, Patrona de dicha ciudad.

Esta imagen es una hermosísima talla del siglo XV cuyo autor se ignora pero que merece elogios por lo bien acabado de su obra así como por el lindo decorado del vestido y manto.

La actitud del Niño vistiendo un camisito sin mangas es atrayente y parece indicarnos que acudamos a su Madre en busca de auxilio.

Es lástima que esta hermosa imagen esté desfigurada con los anacrónicos vestidos del siglo XVIII y con el rostrillo que afea su cara. ¿No pudieran quitarle uno y otro y dejar la imagen en su primitiva hermosura?

F. A. G.

Bienaventurados los pobres. Bienaventurados los limpios de corazón

De intento elijo un tema que lleve a los corazones descanso y paz, de los que tan necesitados estamos todos después de los días terribles y dolorosísimos por los que ha pasado España, y de una manera especial esa región asturiana, que acabo por decirlo así, de dejar, y que ha quedado asolada, ensangrentada, por la ceguera y

el odio que campañas realizadas sin el menor obstáculo, con unas facilidades que hoy seguramente lloran muchos de los que las permitieron, habrán depositado en el alma del pueblo, del pobre pueblo como siempre engañado, como siempre llevado a una empresa en la que los dirigentes esperan en sus casas, escondidos, sin el menor gesto gallardo dentro de su obcecación, a que ese pueblo se bata, muera, se arruine para si triunfa elevarse ellos, como ya lo hicieron, en pedestales magníficos, con honores y riquezas, y si fracasa ocultarse y escapar dejando que los engañados respondan de actos a que ellos, esos dirigentes cobardes y malvados, les encaminaron.

¡Pobre pueblo! ¡Pobres obreros así pervertidos y llevados al odio y a la venganza! ¡Pobres hogares cubiertos de sangre y de luto! *Misereor super turbam*. Compasión, mucha compasión para el pueblo engañado y corrompido. Mucha energía, ninguna lenidad con los autores de tanto mal como pesa sobre España.

Pero he dicho que vamos a apartarnos de temas que son los que hoy están sobre el tapete. Vamos a ir en busca de un oasis que separando nuestras miradas de escenas horribles, de traiciones y rebeldías, nos llene el alma de dulce admiración y nos haga poner, más que nunca lo hicimos, la vista en la virtud, y una virtud forjada en el yunque del sufrimiento, de la enfermedad, del dolor.

La mañana del día de la Virgen del Pilar, en la que tuve el consuelo de asistir a las cuatro y media, a la Misa de Infantes y de contemplar las filas interminables de devotos que iban a besar el Pilar, símbolo y defensa de nuestra fe y de almas españolas no maleada por doctrinas odiosas, me depa-
 ró la Santísima Virgen la alegría espiritual de conocer a una enfermita que me habían hablado como de un

alma muy de Dios. La impresión no se me olvidará fácilmente. Es joven, hija de los porteros de la casa donde viven, está inmóvil en su cama, cubierto el cuerpo de quistera que no la dejan mover sino la cabeza. Además es ciega, aunque a primera vista no lo parece pues tiene los ojos limpios de toda enfermedad y medio entornados. Por si no fuera bastante, «Nuestro Señor me ha regalado con una ulcerita de estómago, nos dijo sonriendo, con una sonrisa más de arriba que de la tierra. Y me alegro porque era bien poco lo que le podía ofrecer».

La inmovilidad, la ceguera, los dolores, todo lo que padece... para ella, para la ciegucecita que sonríe tan suavemente, no son nada... no merecen contarse, no vale la pena de hablar de ello.

Mientras yo estaba allí, a la cabecera de su cama, encima de la cual se veían los regalos—pues se llama Pilar—que le habían hecho... «demasiados, no me gusta, decía con dulzura, porque si el Señor me lo ha dado aquí... entonces...». Ya puede estar tranquila la enfermita, el Señor no se va a contentar con pagarla con flores y postales de sus amistades. Le ha puesto en cruz, ha coronado su cabeza con corona de espinas, pero es porque en ese cielo que constituye para Pilarín el anhelo y el ansia de su alma, la guarda una corona inmortal... la corona de los que sufren aquí abajo, como ella, con plena y alegre resignación y deseando para siempre al Maestro Divino, sufrir más todavía, inmolarse para reparar las ofensas tremendas que hoy se cometen. Mientras yo estaba allí me acordaba de esa joven italiana que se llamó Genma Galfani, de vida tan heroica en aparente sencillez, de unión tan íntima con Jesús, de sufrimientos tan intensos que torturaron su cuerpo misteriosamente. También el rostro de la enfermita zaragozana es revelador de lo que pasa en su alma

pura, única con el Señor con unión que no sabe pero que se adivina en su expresión de una paz que no es terrena, en sus palabras que acusan en esta joven sin cultura, sin formación, una formación espiritual muy grande, sin conocimiento de profundo de la vida de alma. También Pilarín sufre, sufre y apenas los médicos aciertan a comprender como existe. Quince días ha estado sin dar señales de vida, desahuciada, sin esperanzas humanas. En esos días se hace uno la siguiente pregunta: ¿Qué habrá pasado entre esa alma y Jesús? Son secretos de Dios. Ella sonríe cuando se le habla en este sentido. No dice nada. «Un secreto para mí», repite quizá en su interior. Pero todo el amor de su corazón por Aquel que «sufrió mucho más de lo que los hombres se figuran» como dice ella, cual si se le hubiese descubierto un velo y hubiera visto o sentido toda la intensidad del sufrimiento de Jesucristo en su Pasión y Muerte, todo ese amor y esa ansia de volar a El se refleja en su rostro, en sus sonrisa, en su hablar.

La ciegucecita dijo unos días antes de los sucesos dolorosos ocurridos: «Antes de cinco días ocurrirá algo grande, algo muy fuerte». Y ocurrió. Para los limpios de corazón no hay secretos: dijo el mismo Señor «bienaventurados los limpios de corazón porque ellos verán a Dios». En aquella habitación reducida, pobre, pero muy aseada, Dios está a gusto, Dios se encuentra bien. Porque hay en ella un corazón en el que descansa por completo. Hay un alma por entero sometida a su Adorable Voluntad. Y de tal manera se siente esto, que no acierta uno a separarse de la enfermita sonriente, que quisiera estar en un puro grito, o mas bien, como ella rectifica enseguida, en un puro dolor, sin gritar ni quejarse, para ofrecerlo todo a Aquel que ama con amor de predilección a los que como ella son po-

bres, son mansos, son limpios, llevan el cuerpo sellado con el sello de la cruz aceptada alegremente porque así es mayor su semejanza con el Señor.

A cuantos rebeldes de alma, a cuantos amargados de la vida, a cuantos que viven en una protesta continua contra las disposiciones divinas, les haría un bien grandísimo la visita a esa humilde cuartito de un piso que ya es boardilla y en el que en la cama siempre, sin movimiento, sin vista, con dolores que no la dejan sosegar, va caminando hacia el cielo una joven, parada bruscamente en sus energías y actividades por una enfermedad que según los cálculos humanos, tendrá su desenlace en los brazos de Aquel, que pone ante nuestros ojos estos ejemplos que confunden nuestra soberbia, nuestra sensualidad y nos muestran claramente que no pasaron los tiempos en que la santidad lucía en la tierra. Hoy, hay muchos malos, es tristemente cierto, pero hay muchas almas que viven en unión con Dios y perfuman el mundo con el aroma de sus virtudes heroicas y suavísimas.

Beneficio divino es el que podamos conocer a una de estas almas. Entre ellas está la ciegucecita de Zaragoza.

MARÍA DE ECHARRI.

MUNDO CATÓLICO

El éxito de un Congreso mariano

En los Estados Unidos y en una región protestante por excelencia acaba de celebrarse un Congreso mariano que ha alcanzado un éxito sorprendente. Multitudes enormes han tomado parte en los diversos actos. Las autoridades han dado toda clase de facilidades y en alguna forma han colaborado con los organizadores. No pocos

protestantes se han unido a los elementos católicos en las solemnidades llevadas a cabo con toda la pompa de la liturgia católica.

Este congreso, que formará época dentro de los anales religiosos de los Estados Unidos, ha tenido lugar en la ciudad de Portland, en el Oregón, donde nunca había penetrado un Príncipe de la Iglesia. Los organizadores fueron los Padres Servitas, que pusieron todo su entusiasmo y emplearon todos medios a su alcance para que alcanzara un éxito resonante.

Hace siete siglos fué fundada la Orden Servita y el Congreso mariano debía ser la conmemoración de aquella fecha. Debía constituir además como un eco del centenario de la Redención que nos dió a María como Madre nuestra.

El Cardenal Lepicier, de la Orden Servita, acudió a América expresamente para presidir el congreso. Era la primera vez que un Cardenal visitaba aquella región de los Estados Unidos y la población entera agradeció al Cardenal Lepicier, por boca de las autoridades, el sacrificio que representaba su desplazamiento a aquellas lejanas regiones.

Era también el primer Congreso mariano que se celebraba en los Estados Unidos y así no es extraño que toda la Jerarquía Eclesiástica se uniera al mismo y lo apoyara con entusiasmo. Varios arzobispos y obispos tomaron parte activa en sus actos, innumerables sacerdotes acudieron de todas las partes del país, millares y millares de fieles llenaron los locales donde tuvo lugar el congreso o desfilaron en las procesiones organizadas.

La Prensa de toda la nación reseñó largamente sus actos, haciendo resaltar su innegable importancia. La radio cedió más de una vez su micrófono.

El mismo Cardenal Lepicier se sirvió de la radio para dar, la víspera del Congreso, una interesante conferencia

sobre la ideología mariana. Los protestantes la escucharon con tanto o mayor interés que los católicos y así no es extraño que en los días siguientes acudieran a escuchar la voz de los ponentes que desarrollaron interesantes temas que en conjunto vienen a ser un tratado de teología mariana expuesta en forma magnífica.

He aquí algunos de los temas tratados que debieron de causar profunda impresión en los protestantes que asistieron a las sesiones del Congreso:

«Se debe a la Virgen un culto mayor que a los demás santos». «La Bienaventurada Virgen María fué declarada Madre de los hombres al pie de la cruz». «La Bienaventurada Virgen María ha manifestado en todos los tiempos que es verdaderamente Madre de los hombres». «La Bienaventurada Virgen María es la dispensadora de todas las gracias». «La devoción a la Virgen María es señal de predestinación», etc., etc.

No es extraño que, al encontrarse muchos protestantes con la verdad de nuestras creencias, tan diferente de las patrañas que el sectarismo les había contado, se manifestaran entusiasmados y planearan un cambio de religión que diera satisfacción a los nuevos horizontes descubiertos por su alma.

Ya el Cardenal Lepicier les había llamado la atención con su discurso radiado que fué sin duda uno de los motivos que los atrajeron a las sesiones del Congreso. He aquí las palabras finales de su peroración: «El objeto de este Congreso es precisamente poner muy clara esta verdad, es decir, demostrar que la Virgen María fué constituida desde el principio, por decreto divino, Madre de todos los hombres y que ella ha cumplido con ejemplar fidelidad este mandato, en cuanto concierne a la sociedad y en cuanto se refiere a cada individuo en particular.

Mi mayor preocupación, terminaba

el ilustre Purpurado, será insistir sobre este punto, que si María es la Madre de todos los hombres, se deduce que todos los hombres son hermanos teniendo como Padre a un Dios Todopoderoso y como Madre a la gloriosa Virgen María.

Todos los hombres deben, por lo tanto, amarse mutuamente sin distinción de condición social, de nacionalidad o de clase. En cada individuo de la gran familia humana yo debo ver otro «Yo mismo» que debo amar, estimar y respetar. Esta será, pues, la gran lección de la asamblea: persuadir a todos los hombres de que María es nuestra Madre y de que todos nosotros debemos estar unidos por los lazos del amor fraternal».

Quiera Dios que se confirmen los frutos de bendición que se anuncian como consecuencia de aquel Congreso mariano.

MARTÍN D'AYMER.

La consolidación del Templo del Pilar

La Capilla de la Virgen quedará en breve completamente reformada

200.790 kilogramos de cemento y 30.950 de arena han sido inyectados en las columnas

Un buen día los católicos zaragozanos recibieron casi de golpe la infausta nueva. El Templo de Nuestra Señora, el Santuario de la Raza amenazaba inminente ruina si no se acudía pronto en su ayuda. Por corto espacio de tiempo la angustia hizo su aparición en casi todos los corazones. En letras de todos los tipos, en la prensa de toda España, apareció penetrante como toque de llamada, el título vibrante. ¡El Pilar se hundía! Inmenso como sus años, potente a la vista, sen-

ta removidos sus cimientos en lo más hondo.

El padre Ebro, a fuerza de besar rumoroso sus pies, había ido derrotando poco a poco la antigua arquitectura. Hasta el agua pura, vida de medio Aragón, quería acercarse más en un afán de contemplar de cerca la figura de la Patrona de su pueblo.

Pero alguna vez había de quedar demostrada la fe y el tesón de sus devotos. Desde el más humilde jornalero hasta el poderoso, pasando por el empleado de la media clase, todos en fin, pusieron su esfuerzos. En toda España vibró al mismo tiempo aquel entusiasmo que ya se había visto el magno año de la Coronación. ¡El Pilar no se hundiría! Para evitarlo harían todo lo necesario y sacrificarían lo que fuese preciso. Y he aquí cómo por obra y gracia de esta generosidad, hace ya tiempo que cientos de obreros al ruido de la piqueta mezclado con el sordo estruendo de la máquina perforadora, luchan por conservar intacto y para orgullo de las generaciones venideras el cuartel general de la Capitana de Aragón.

Resumen de lo efectuado hasta el 1 de agosto de 1934

En las obras del Pilar se ha trabajado de prisa y bien. Es preciso confesarlo. En ello han puesto su interés obreros y maestros, ingenieros y arquitectos. Y hoy es la fecha en que podemos decirlo con pleno convencimiento: ¡El Pilar está seguro!

El 1 de agosto pasado el resumen de los trabajos de consolidación por medio de inyecciones de cemento podía explicarse en pocas líneas.

Sobre todo en las pilastras del templo en dicha fecha estaban las tareas muy adelantadas. Durante días y días se dedicó la atención exclusivamente a ellas y de este modo pudo conseguirse la terminación total de ocho y la casi inmediata de las otras cuatro

que guarnecen el altar de la Virgen. En la llamada Cripta hubo de trabajarse de firme para consumir la inyección de los ángulos interiores contiguos a aquella.

La consolidación de los contrafuertes llevaba igualmente buen camino. Por medio de fuertes varillas de metal aferradas a los viejos muros, se levantó fuerte barrera contra la ruina. Pero aún faltaban por consolidar partes correspondientes a la plaza del Pilar y otras situadas en la fachada. Este del templo, que por las necesidades de la obra no se pudieron inyectar antes, ni rematar tampoco, la consolidación de tres contrafuertes del lado de la ribera.

La inyección de las torres merece capítulo aparte, por haber quedado algo retrasada, ya que sólo se inyectaron tres caras de la llamada torre vieja; la marcha natural de los trabajos lo requirió así, y también, a que verificándose en las torres la unión entre las fachadas, con la inyección de las mismas se ha de conseguir la continuidad de la pantalla inyectada que rodeará el Santo Templo, uniendo entre sí, las cuatro pantallas que con la inyección de los contrafuertes se forman a lo largo de las fachadas; y es preciso para que esta unión sea lo más perfecta posible, efectuar la inyección de las torres una vez formadas las pantallas anteriormente dichas. Estas son a breves trazos las obras consumadas hasta el mes de agosto.

Resumen de lo efectuado desde el mes de agosto

Inyecciones.—Ya que en la referencia de los trabajos realizados hasta el mes de agosto dedicamos atención preferente por considerarlo de especial interés, a las inyecciones de cemento, en la reseña de los trabajos actuales vemos a comenzar con el mismo tema.

Las pilastras pertenecientes a la ca-

pilla de la Virgen, han sido perfectamente restauradas y reforzadas. De las dos que faltaban por inyectar, una de ellas se ha hecho a baja presión y la otra quedará terminada en breve plazo. El público que acude a honrar diariamente la santa imagen de su Madre, ha contemplado mudo, cómo palmo a palmo, la fueron cercando andamios, monturas y vallas, fieles indicadores de una seguridad futura...

Respecto a los contrafuertes y muro exterior se han inyectado los correspondientes a la plaza del Pilar, habiéndose terminado los de la ribera y el retiro alto.

Y cuando el agua caiga triste y monótona en los cortos atardeceres del oscuro invierno, solamente entonces será la ocasión de acabar con los trabajos efectuados en la cripta.

Para poner punto final al presente capítulo haremos resaltar que hasta la fecha se han inyectado en el Santo Templo 200.790 kilogramos de cemento y 30.950 de arena.

Refuerzos de hormigón y metálicos.—Si nos referimos a los de hormigón armado, en cimentaciones podremos decir que ya está preparado el hierro que ha de terminar la cimentación de las cuatro pilastras de la capilla. Y al mismo tiempo después de rematar con la losa de ensanchamiento de la torre antigua en tres de sus caras y las uniones, atravesando los muros exteriores e interior del templo, se abre zanja corrida en el exterior de la Plaza del Pilar y se calza con hormigón desde el suelo de las criptas de debajo de la sacristía y capilla de San José.

La eficacia del refuerzo metálico que se está realizando requiere que la piqueta se abra camino en la decoración de la parte de cornisa perteneciente a la pilastra del lado de la Epístola. La correspondiente al lado del Evangelio está dispuesta para que se hormigonee en su parte alta. Limpias de decoración y picadas las capas de

empotramiento se ha procedido a colocar el hierro en las pilastras segundas transversalmente de la capilla de la Virgen. También se han hecho la mayor parte de los taladros para empotramiento de barras de hierro en dichas pilastras.

Arcos. Atirantado de cables.—Se ha picado la decoración en los arcos transversales de la capilla registrándolos convenientemente y enfocando provisionalmente las grietas de las claves con ladrillo. Colocados los cables en los cuatro arcos de la cúpula central y en los dos transversales de las cúpulas del coro y Virgen, el resto de los tirantes y elementos auxiliares están en obra dispuestos para colocarlos a medida que la marcha de las obras lo permita, habiendo resultado satisfactorias las pruebas efectuadas.

Cupulín de la cúpula del coro. Andamiajes.—En este momento se ha terminado con el chapitel y están ya dispuestas las vidrieras para colocarlas; y los trabajos realizados en este cupulín han sido para hacer un ensayo de precios que ha de servir de guía para cuando se acometa la cubierta general.

Para continuar con el refuerzo de pilastras y arcos se han construido los andamios en las pilastras y en los cuatro arcos de la capilla de la Virgen, que son precisamente los que más pronto llaman la atención del visitante. Además por encima de la cúpula que cubre la capilla se han hecho pasos de tablonés para poder trabajar en los arcos con la ayuda de un motocargador que se colocará en la bóveda del Santo Cristo. Y apoyados en estos tablonés podrán los operarios llegar con sus brazos hasta las mayores alturas del templo.

Día llegará en que puedas verla limpia de curas y vendajes exhibiendo agradecida ante todos los creyentes españoles su grandiosa majestad.

TRAZOS SOCIALES

Lo que aún puede un cura...

Hace unos años vió la luz pública el hermoso libro del señor Obispo de Málaga—hermoso y apostólico, vivo como suyo—intitulado «Lo que puede el Cura de hoy».

Era un mentís al pesimismo o desaliento ambientes de hace ya unos años; y un estímulo al trabajo tenaz en la viña del Señor, que no nos pide el éxito sino la acción. Y acción constante y confiada sólo al amor del gran Padre de familias, Dios.

Pues bien. ¿Quién iba a decirnos que en el último vendaval revolucionario entre la lista de tantos religiosos y Párrocos mártires, más que de las balas de sus propios asesinos inconscientes, de las plumas anticlericales soeces que, mintiéndoles, envenenaron de odio sus almas, como en negocio vil de conciencias y de sangre, desde la Prensa diaria socialista y extremista y los semanarios satíricos que consentían las leyes a sabiendas de la infamia; quién iba a decirnos, repito, que entre todo eso surgiría y quedaría en pie el ejemplo admirable, heroico como de apóstol, de un Párroco venerable que, en medio de la general y cobarde traición, no ya salva su vida, su Iglesia, su Sagrario queridísimo, si que también a sus feligreses mineros extraviados y comprometidos desde el primer momento en la revuelta.

Y, sin embargo, así ha sucedido. Algo anticipó ya el telégrafo. Pero, con todo y ser mucho, fué poco; y voy a completarlo.

Fuó en San Pedro de Gualdamés, Bilbao, en la zona minera de Vizcaya y foco de la revolución desatada; y se llama el venerable Párroco, don Dionisio Azarloja.

Habíanos anticipado sólo el telégrafo que «el llanto de un Párroco ahu»

yenta a los incendiarios». Y pudieron parecer las suyas, lágrimas de miedo, cobardía o desesperación. Mas fueron ¡lágrimas de santo! He aquí el hecho resumido:

Se le acercan unos mineros revolucionados de su feligresía y le piden las llaves del templo porque ¡hay que incendiarlo! Era la consigna fatal, sello auténtico de masonería en la génesis de la subversión.

El reverendo Azarloja quiere ir con ellos, abrirles las puertas y «despedirse del Señor». Una vez dentro, les dice que aguarden para su fechoría. «Voy a pedirle a Jesús que os perdone en lo que vais a hacer, ¡a ofenderle profanando su propia Casa!». Se echó al pie del altar y comenzó su llanto...

¿Qué pasó entonces por el alma de aquellos infelices endurecidos por las propagandas sectarias, como el metal que sus manos callosas arrancaban a barrenazos de las entrañas de la tierra? No lo sabemos. Sólo que al terminar su llanto y su plegaria el valeroso Párroco, y levantarse, se halló sólo en el templo. Los pretendidos incendiarios habían desaparecido...

¿En busca de refuerzos, acaso? No. Aguardaban cabizbajos a su Párroco en la puerta de la iglesia, y le brindaron un cigarrillo que liaban sus manos temblorosas. Habían resuelto respetar la Casa de Dios.

¡Oh, poder de la Fe y de la oración confiada y amorosa de un Pastor que llora por sus ovejas! Mas ¿fué eso todo? Ah, no. Oid de su celo apostólico incesante en plena revolución, lo que ha recogido, de los propios labios sencillos y paternales del reverendo Azarloja, un periodista:

Nos ha manifestado que él se ha limitado a cumplir con su deber como sacerdote y como ciudadano. En efecto, él acompañó a los elementos sediciosos a la iglesia para evitar que cometieran ningún desmán, notando con

gran complacencia que los rebeldes, como sobrecogidos por la santidad del lugar, se descubrían al entrar en el templo, limitándose a subir a la torre y a poner una bandera roja, sin cometer otro desmán.

Como quiera que el pueblo entero huyera hacia otras localidades, donde la tranquilidad no había sido alterada, los revoltosos se acercaron al párroco para decirle que hiciera saber a sus feligreses que no corrían peligro ninguno en la localidad, porque estaban dispuestos a no cometer desmanes ni contra las cosas ni contra las personas. El cura, entendiendo que era su deber el llevar el ánimo a sus asustados feligreses, así lo hizo saber, consiguiendo que muchos de ellos regresaran al pueblo. Pero pocas horas después iniciaba su vuelo la Aviación, dejando caer unas proclamas, en las cuales advertía que, de no entregarse los rebeldes, comenzarían el bombardeo inmediatamente.

El pueblo, asustado, acudió a pedir consejo al cura párroco, y éste ante la insistencia de todos ellos se dirigió a los revoltosos por una carta que fué enviada por medio de un muchacho, rogándoles que depusieran su actitud, pues de lo contrario iban a sufrir daños personas inocentes. Contestaron los rebeldes a esta gestión del sacerdote que no tenían otra cosa que hacer sino obedecer las órdenes del Comité, y éste todavía no les había ordenado entregar las armas.

A todo esto, conocedores los vecinos del pueblo de estas relaciones semiamistosas del sacerdote con los rebeldes fueron a refugiarse muchos de ellos en la casa del cura, incluso individuos de filiación izquierdista. La aviación cumplió su promesa y lanzó varias bombas, a consecuencia de las cuales cayó mortalmente herido uno de los revoltosos, al que el sacerdote asistió en sus últimos momentos. Como se anunciara que la incursión de

los aparatos no iba a ser la última volvió otra vez el pueblo a la carga, cerca del sacerdote, para que hiciera una última gestión con los rebeldes. Nueva carta del cura en la que decía que ya era una locura proseguir la rebelión, puesto que se encontraban solos y en el resto de España todos los demás se habían entregado a las autoridades. La carta surtió tal efecto que los propios cabecillas se presentaron en casa del cura, y entregaron las armas y se entregaron a sí mismos.

El cura no tuvo otra cosa que hacer sino avisar a la autoridad militar, la cual se hizo cargo sólo de los cabecillas. Don Dionisio Azarloja terminó diciendo que creía haber cumplido con su deber de sacerdote y que estaba plenamente satisfecho de lo que había hecho, y que gracias a Dios le salió todo bien.

Hasta aquí el cronista. Y el acotador, comenta:

¡Lo que aún puede un Cura! en el ánimo exaltado de unos mineros rudos pero sencillos.

Y ¡lo que habría de poder todavía en todas las masas populares hasta desrevolucionarlas!... a no ser ese muro inmundo de hojas, folletos, periódicos y leyendas anticlericales interpuesto, a sabiendas de la infamia, por emboscados y logreros del revolucionarismo.

Pero ¡pobre pueblo!, carne sólo de cañón y de barricada, si no acuden los pudientes, ya que no las leyes, a derrumbar con buena Prensa ese muro y libertarle pronto del engaño y la ruina.

VICTOR.

CATÓLICO:

ayuda y propaga a tu prensa

Un católico es elegido alcalde de Londres

Cuando en nuestro país y en otras naciones bullen las pasiones políticas y el sectarismo antirreligioso se desborda en oposiciones y vetos absurdos, es edificante el caso de la ciudad de Londres que levanta a su más augusta representación a un católico, a un hombre cuyas convicciones religiosas están en pugna con las de la inmensa mayoría del país.

Sir Stephen Killik ostentará la alta categoría de «Lord Mayor» de Londres desde el día 9 del presente noviembre en que tomará posesión de su cargo. En dicho día, acompañado de sus compañeros de Consistorio y vistiendo el tradicional uniforme y los simbólicos emblemas de su oficio, irá en solemne procesión a través de las calles principales de la gran urbe a la catedral católica donde oirá la Misa del Espíritu Santo para que el Señor le ilumine en su difícil gestión.

Esto que sucederá en la capital de Inglaterra tendrá lugar en muchas otras ciudades importantes de aquella nación, pues son varias las que para el próximo ejercicio económico han elegido a un presidente católico.

Este hecho se presta a muchos comentarios que dejamos al criterio del inteligente lector.

Desde luego será incomprendible para nuestros izquierdistas que una mayoría protestante esté representada y regida por un hombre de ideología opuesta, por destacada que sea su aptitud y su personalidad.

Tampoco comprenderán que el nuevo alcalde acuda a la catedral católica rodeado de la máxima pompa y de la solemnidad más fastuosa para pedir a Dios sus luces a fin de poder desempeñar debidamente su cargo.

Hemos de advertir, en cambio, que

allí no se producen escándalos ni tienen lugar aquellos hechos tan lamentables y tan repugnantes que hemos tenido la desgracia de presenciar repetidamente en nuestro país.

Por otra parte, la elección del nuevo «Lord Mayor» de Londres y el hecho de haber recaído también dicho cargo en otras ciudades en destacadas personalidades católicas demuestran la creciente importancia que los elementos católicos van alcanzando en la vida pública de Inglaterra.

Lo celebramos sinceramente porque confirma la corriente de aproximación a Roma que existe en aquel país.

CAMPANITA MATUTINA

Oasis espiritual

Cuando en cumplimiento de nuestro deber acudíamos al trabajo—¡prestar libros! .. ¡procurar el fomento de la cultura en las masas populares!...—durante estos días temerosos y aciagos, aunque no tanto como las espantosas jornadas que han llenado de luto y de vergüenza otras florecientes regiones de la patria; cuando pasaba sobre el Madrid matutino lleno de zozobra una especie de vaho siniestro que agitaba el ritmo cordial y apresuraba el paso de los pocos que aventurábamos la persona por las calles siniestras, llenas aun de los ecos de las descargas nocturnas; cuando la paz aparente—silencio mortal—de la falta de los mil ruidos de colmena de la ciudad, era la señal de guerra, la más dura, la más incivil de todas las guerras civiles, la guerra de clases; cuando una atmosfera de odio envenenaba la respiración espiritual de la convivencia rota, oigo sonar el timbre claro, a un tiempo humilde y perentorio, de una campanita.

Es la parroquia, es el monasterio, es el ermitorio o la capilla... Lo mismo da. Es el reposo en el amor fraterno, es la consunción en la plegaria; es la eternidad haciéndose oír, pidiendo ser escuchada, por las almas en ignición de ira, o amarillentas de la cobardía civil.

Ha llegado al fondo de nuestro corazón este agudo sonido, a un tiempo perentorio y humilde, de la campanita, que voltea en la oquedad de su espadaña, abrumada por las elevaciones hiperbólicas de los orgullosos edificios modernos, que parecen contruados para albergar una felicidad sin tregua, escalando las alturas sin eficacia alguna, porque no pretenden acercarse al cielo, sino dominar la tierra; que aglomeran criaturas de las que han huido el sentido social y la fraternidad; que relucen en sus bronces y en sus níqueles, para velar esta tristeza gris de las almas mate a que da albergue.

La campanita, en la oquedad de su espadaña sigue volteando, como hundida en el conglomerado urbana, que parece mirarla con desprecio, pero que no es nada, ni será nada, *ni se salvará* si no escucha atento ese sonido agudo, humilde y perentorio que le convida a orar, a penitencia, a abnegación y a caridad. ¡*Hosana* del bronce parlero y alegre, en medio de la tristeza de hoy, por algo se empeña el furor sectario en arrancar tu lengua. Que hay hombres vesánicos que aun en medio de las terribles penalidades del desierto ponen su empeño satánico e inexplicable en arrasar el oasis, incendiando su fresco palmar, cegando sus claras fuentes y sus pozos, en que reposa la fatigada caravana, para tomar aliento antes de llegar al final de su último destino.

Dónde oír la jubilosa campanita de oro de sonido perdurable.

VÍCTOR ESPINÓS.

¡El Cristo profanado!

Le pusieron en medio de una viña y dispararon sobre El...

¡Pobre Cristo humilde de la aldea perdida en el bendito templo ha visto pasar las generaciones, en una teoría ininterrumpida de bodas, bautizos y entierros, como una inacabada sinfonía de amor y de dolor; y ha asistido al catecismo, con sus mismos verdugos cuando eran niños, y ha recogido sus miradas de angustias, y ha recogido sobre sus pies llagados el ósculo suplicante y confiado de tantas almas llagadas también, como ellos! ¡Ahora ha servido de blanco a los odios de un pueblo! Y ello, no en sentido figurado, sino realmente, materialmente. La pluma se resiste a escribirlo, pero es cierto, para nuestra vergüenza y para nuestra humillación; primero, le fusilaron, y luego tiraron al blanco sobre El. El odio, primero; después, la burla.

No somos nosotros los llamados a juzgar las acciones humanas, ni a establecer gradaciones en el pecado ni en el crimen; pero, de todos los delitos con que se han deshonrado las revoluciones—y propio es de revoluciones el deshonrarse con ellos—dudo que pueda haber nada comparable a lo acaecido en ese pueblo, cuyo nombre silencio por respeto a la inmensa mayoría de sus vecinos, porque no quiero aumentar su dolor con la vergüenza de verlo publicado; y, sin embargo, yo no arrojo sobre los verdugos toda la responsabilidad del suceso. Durante tantos y tantos, pero especialmente los últimos, hemos visto combatido, vilipendiado, el nombre de Dios; durante tantos y tantos años, pero especialmente los postreros, lo hemos visto atacado y encarnecido en la Prensa, en la tribuna y en el Parlamento y en la Ley. Que es vergonzosa y repugnante la última gesta sacrilega, pero no sorprendente, porque no en vano

se moldea el espíritu humano a través de los tiempos, con la constancia de la maldad, por artífice, y la fácil materia de la ignorancia, como sujeto.

¡Pobre Cristo de pueblo que llegaría a la iglesia por un esfuerzo de amor de los feligreses y del párroco, cuando entre sí constituían una sola familia, o como donativo generoso de algún devoto agradecido y que envolvía su casta desnudez en tohalla de encajes o de ricos bordados, y aguantaba entre los pies sujetos violentamente por un clavo, unas cuantas flores del campo, continuamente renovadas!; EL los conocía bien a aquellos que LE fusilaban... EL sabía muy bien cómo estaba formada cada una de las balas que le disparaban, y en qué rincón del cerebro o del corazón fueron fundidas. EL seguía todo el proceso de la perversión de sus almas; predicaciones, lecturas, escándalos, rebeliones, abandonos, se confesaban a través de aquellos ojos que al cabo de años, quizás volvían a mirar a Cristo... aunque fuese solo para apuntarle.

Y he aquí cómo el Divino Ejecutado, seguía siendo el juez en aquel tribunal subvertido, en que los delincuentes querían elevarse a juzgadores y el juez, era la víctima de su último delito.

¡Oh!; aquellas miradas cargadas de odio dirigiéndose al Cristo para apuntarle con las armas criminales; ¿a qué parte de la imagen sagrada se dirigirían? No a los ojos, en todo caso, porque es indudable que en el cruce de miradas los ojos de Cristo hubiesen triunfado en el diálogo, como triunfaron en todos los diálogos, cuando se posaron amorosamente sobre los ojos de los indiferentes y aun de los perversos; el Ciríneo, Longinos, Dimas... Aquellos ojos que volvían a mirar al Cristo, aunque fuese para combatirlo, abrían involuntariamente los caminos de la gracia.

Desde el día en que ocurrió el vergonzoso suceso, es ésta, para mí una continua preocupación; para fusilar al Cristo, para tirar al blanco sobre EL tuvieron que mirarle. ¿Dónde apuntarían?... A alguien ocurrirá tal vez decir que la colocación de los balazos puede hoy día servir de base para contestar mi pregunta. ¡No!; indudablemente, no; cuando se tira contra Dios, no se acierta nunca!

¿Apuntarían al corazón? Al corazón apuntó Longinos, y supo encontrarle y en él se redimió; al corazón apuntó Tomás, el apóstol, y ya nunca jamás abandonó los amores sublimes del Maestro. ¡Qué símbolo doloroso pero revelador, ese pobre Cristo del pueblo, herido en el corazón por los revolucionarios! ¡Ojalá que el símbolo se continuase!

Durante dos años ha estado la política española combatiendo a Cristo, luchando contra Cristo, disparando sobre el Cristo, pero no lo veían, o cuando menos no le miraban y disparaban a ciegas contra el cielo. Y porque no le veían, o porque no le miraban, España no podía convertirse. La revolución le ha mirado, allá en mitad de la viña profanada del pueblo perdido, y ha apuntado al Corazón de Cristo, a aquel corazón lleno de promesas y tan henchido de bendiciones que se vierten generosamente por las heridas que le infieren, voluntaria o involuntariamente, los hombre.

En un altar de la Catedral de Barcelona se guarda un Santo Cristo notable, el Cristo de Lepanto, objeto de insigne veneración por parte de todos los catalanes. La imagen, de expresión adorable, está ahumada y ennegrecida por la llama de los cirios, según otros, por el humo de la pólvora, en el combate de Lepanto a donde le llevó, como prenda de devoción y garantía de triunfo don Juan de Austria. El cuerpo del Cristo está como con-

traído, como ladeado violentamente en su centro, y afirma una piadosa leyenda que ello fué debido a haber sustraído el Cristo milagrosamente su cuerpo cuando una bala de cañón iba a destrozarlo...

¿Por qué no hizo lo propio el Cristo fusilado de la aldea perdida?—me pregunto, una y mil veces, al recordar el vergonzoso sacrilegio. Y al reconstruir con horror, el suceso, en demanda de una respuesta a mi curiosidad piadosa, veo...—lo que debió ver el Cristo, en el día de su profanación dolorosa—aquellos ojos pecadores, que nunca le miraban, y que se fijaban entonces en su corazón.

JOAQUÍN MARÍA DE NADAL.

Obreras ante el Papa

Una de las más interesantes y conmovedoras audiencias que el Papa ha concedido últimamente ha sido, según confesión del mismo Papa, la de las juventudes obreras femeninas católicas de Francia que acaban de acudir a Roma en fervorosa peregrinación.

Antes habían sido recibidos, en audiencia privada, el Obispo que las presidía y los capellanes y elementos directivos de las asociaciones presentadas, y se había inaugurado la exposición de ornamentos sagrados confeccionados por las mismas obreras y ofrecidos al Papa en favor de las Misiones y de las iglesias pobres.

Más de mil doscientas obreras se apretujaban en la Sala de las Bendiciones y aplaudían con entusiasmo al representante de Jesucristo.

La Secretaria General de la J. O. C. F. (Jeunesse Ouvrière Catholique Femenine) dirigió al Papa una ferviente salutación y en ello encontramos los sentimientos y las finalidades que mueven a la simpática organización obrera. He aquí sus principales párra-

fos que nos complacemos en traducir:

Santísimo Padre: Admitidas al inmenso honor de ver y de escuchar al Vicario de Jesucristo, al Jefe amado de toda la cristiandad, nosotras, jóvenes obreras de Francia, quisiéramos expresaros en palabras bellas y elocuentes nuestro gozo filial y nuestra religiosa satisfacción.

Pero nosotras somos menos hábiles en pulir brillantes frases que en realizar nuestros trabajos familiares o en ayudar a nuestras compañeras.

No obstante, ¿es que se necesitan palabras altisonantes para traducir los sentimientos que llenan nuestros corazones en esta hora única de nuestra existencia? No lo creemos. ¡Es tan sencillo deciros, Santísimo Padre, que las Jocistas franceses os aman como hijas sumisas y obedientes y que os siguen como a su venerado Jefe!

¡Cuántas veces, Santísimo Padre, desde que hemos abandonado la escuela para conocer las duras realidades de la vida de trabajo, habríamos querido clamaros por encima de las fronteras nuestro agradecimiento y nuestra admiración por haber tomado tantas veces la defensa de nuestras almas de adolescentes y exaltado tan magníficamente nuestra condición de obreras!

Hoy que tenemos la dicha inmensa de veros, os decimos en nombre de las dieciocho mil jocistas francesas y aún en nombre de las de nuestro país: «Gracias desde lo íntimo de nuestro corazón, Papa de la Acción Católica: gracias, Papa de los obreros».

¡Habéis comprendido tan bien, Santísimo Padre, nuestras necesidades, nuestras miserias, nuestras esperanzas!

El laicismo inicuo que denunciabáis en vuestra primera Encíclica ha echado a Dios de la fábrica, ha apartado el mundo del trabajo, especialmente de la influencia de Jesucristo y de su Iglesia. Nosotras, las obreras católi-

cas de Francia, fieles a vuestras enseñanzas, queremos hacerle entrar de nuevo como Soberano Señor y como Salvador para que dentro de la clase obrera se cumpla vuestra divisa de: «La paz de Cristo dentro del reino de Cristo».

A este fin nos hemos agrupado como nuestros hermanos, los jocistas franceses, para constituir en el campo del trabajo, en el corazón de cada fábrica, el germen de una sociedad cristiana que, mediante su acción fraterna, haga penetrar en la misma la doctrina y la vida misma de la Iglesia.

No somos más que un germen todavía, pero queremos crecer e invadirlo todo.

Así os prometemos, Santísimo Padre, no tomen descanso, no detenernos hasta haber devuelto a Jesucristo, Señor Nuestro, toda la juventud obrera femenina de Francia.

Vuestra bendición tan preciosa, Santísimo Padre, nos dará la fuerza necesaria y con ella llevaremos vuestros consejos paternales como una consigna sagrada y como una promesa de victoria».

Así hablan las juventudes obreras católicas femeninas de Francia. Llevarán a la práctica sus promesas y con la ayuda de Dios harán grandes cosas.

**¡A Tí nó, Cristo rojo,
porque eres de los nuestros!**

En uno de los relatos espantosos que hemos escuchado y que durante tantos días pusieron agonía en el alma, y han dejado en ella huellas indelebles, figuró un episodio que hizo estremecer el corazón y pedir al Señor con fervor y constancia por esos desdichados hermanos nuestros envenenados por doctrinas de un odio verdaderamente infernal que han ido ver-

tiendo en esos corazones incultos y agriados y que han dado frutos tan dolorosos y sangrientos. En un pueblo los revoltosos como siempre quemaron la iglesia y asesinaron al párroco, ¡Cuántos sacerdotes mártires han sellado con su sangre la santidad de su ministerio! Bienaventurados son, porque de ellos ha sido el reino de los cielos y la corona de espinas de los tormentos con que los maltrataron se ha trocado en corona de gloria, de una gloria eterna! Con ellos han sufrido martirio, religiosos y seminaristas. Semilla de mártires, semilla de nuevos cristianos, decían nuestros hermanos en la fe de las catacumbas y circos romanos. Y ahora también podemos repetir nosotros, que la semilla de esa sangre vertida en Asturias por confesar a Cristo, hará florecer en aquella región desolada y arruinada nuevas flores de virtud y santidad. ¡Honor y amor a nuestros mártires! Que ellos desde el cielo pidan por nuestra pobre España.

En el saqueo de la iglesia, los salvajes agresores sacaron una imagen de Jesucristo. ¿Para profanarla? ¿Para quemarla? Parecía lo más natural dadas las inclinaciones sectarias. Pero no. Encima de un montón de piedras la colocaron y pronunciaron esta frase extraña en aquellos labios de los que no salieron sino palabras de odio y vergüenza o risas cínicas en presencia del pánico de sus víctimas: «A Tí no te quemamos porque eres de los nuestros». ¡De los nuestros! A cuantas reflexiones se presta esta frase dicha por los revoltosos de Asturias! Se presta a un exámen de conciencia que se ha de hacer delante del Sagrario donde mora Aquel que antes era realmente de los trabajadores, de los obreros y hoy se ve perseguido, ultrajado, odiado por los mismos entre los cuales quiso vivir cuando se hizo Hombre sin dejar de ser Dios y santi-

ficó el trabajo en el taller bendito de Nazaret.

¿Qué hicimos nosotros para evitar esa deserción del pueblo del lado de Cristo Jesús? ¿Qué hicimos para impedir esa apostasía de las masas populares que ha reconocido Pío XI y la ha llamado la gran vergüenza del siglo XIX? ¿Qué dimos a esos obreros que ayer eran nuestros y hoy son fieras que dejan mansas a las fieras de los bosques? ¿Fuimos al pueblo que se nos iba, al pueblo que estaba aislado, que estaba exasperado, que estaba explotado? ¿Fuimos con las manos tendidas para ayudarle en lo que justamente pedía, con el corazón abierto para darle con un poco de amor, esa moneda del alma que vale más que la moneda de oro, la doctrina de paz y de fraternidad que Jesús nos había enseñado condensando nuestros deberes en ese mandato de amor mútuo que nos legó antes de morir?

Los mismos que ahora han derramado tanta sangre inocente, incendiado, saqueado, asesinado, atormentado horrorosamente a mujeres, hombres y niños; esos mismos a los que la justicia humana habrá de castigar por su crimen de nuevos Caínes que han dado muerte a sus hermanos, y cuyo recuerdo se execrará a través de los tiempos. ¿Son los verdaderos culpables? ¿No hubo quienes diariamente con una constancia diabólica, con un tesón refinado, les fueron arrancando desde niños la fe y la piedad, matando toda nobleza en ellos y derramando en sus corazones el virus emponzoñado de un odio que al estallar ha sido de tan horribles consecuencias? ¿No hubo dirigentes que a mansalva, con una hajeza y una cobardía proverbiales en ellos, los transformaron de hombres en criminales y los lanzaron a la pelea ébrios de venganza, sin más anhelo que matar, sin más ideal que derramar sangre y sem-

brar el luto y la ruína por donde pasaron?

¿No se han permitido los *sin Dios*? ¿Qué se podía esperar de unos hombres que son apóstatas de su fe? ¡Eres de los nuestros! ¡Oh, pobres verdugos de las cuencas mineras! No... Jesucristo es Rey de paz y vosotros habéis sido el azote de España. Jesucristo es Rey de amor y vosotros no sabéis sino odiar... Jesucristo pasó por el mundo haciendo el bien y vosotros no conocéis sino el mal, Jesucristo predicó doctrinas divinas de fraternidad entre los hombres y vosotros no sabéis sino matar a vuestros propios hermanos, Jesucristo curó enfermos, consoló a los tristes, perdonó a los pecadores, y vosotros no sabéis sino enlutar los hogares, arruinar las ciudades, saquear los templos y no perdonais ni a las religiosas que en sus claustros imploraban misericordia por vosotros que así les habéis pagado. Si vosotros hubiérais visto con qué mirada tan inefablemente triste os miraba la Imágen que colocásteis sobre un montón de piedras junto a la iglesia que acabábais de incendiar!

Si no fuérais más duros de alma que las rocas de vuestras montañas hubiérais escuchado la palabra de reproche, pero de perdón y misericordia de ese Jesús cuyos sacerdotes asesináis, y que hoy como ayer cuando le clavaron en la Cruz en el Gólgota, no tiene para sus verdugos sino esa frase que de tal manera conmovió a uno de los ladrones que le indujo a arrepentirse y a volverse a Aquel que tan dulcemente perdonaba: «¡Perdónalos, Padre, que no saben lo que hacen!».

¡De los vuestros! Oh, sí. Eso quiere ser el Rey de Misericordia y Amor. De los vuestros. Pero de los vuestros cuando el arrepentimiento haya borrado los pecados espantosos de vuestras almas. De los vuestros. Pero cuando confesando vuestro error y

vuestra maldad reconozcáis que habéis errado y que habéis sido inducidos a hechos que lamentáis y reprocháis. De los vuestros. Pero cuando trabajéis sin odios, volvais a la senda del bien, sepais amar a los semejantes, respetar a los sacerdotes, y cuando hincados de rodillas en el templo que un día profanásteis, ante el Sagrario que saqueásteis, pidais clemencia y misericordia a ese Jesús que jamás se cansa de esperar, que no apaga la mecha que humea, y que hubiera perdonado a Judas, si Judas se hubiera querido arrepentir.

Entonces podreis decir que es de los vuestros. Ahora no. Es de los asesinados por confesarle a El. Es de los niños torturados. Es de los hogares que lloran. Es de los que han perdido el pan que ganaban y no tienen sino ruína y pobreza para mantener a los suyos. Es de los soldados valientes, de los guardias civiles heroicos, de los que denodadamente han luchado por el orden y la salvación de España.

Y ahora una última reflexión. ¿Nó queremos con mayor empeño que antes, con celo que no se canse jamás, con caridad intensa, con propagandas y apostolado que no retroceda por nadie ni por nada, tratar de ir al pueblo que todavía no está tan maleado, y conquistar sus corazones con justicia y amor y ver si podemos llevar esos corazones a Jesucristo Rey de las naciones, de la sociedad, Rey de los individuos y Rey de infinita misericordia para con los pobres y los que luchan, para que de veras puedan decir: «A Tí no te hacemos daño porque eres de los nuestros»?

¡Señor!, mueve muchas voluntades, muchas inteligencias, muchos brazos para que en esta empresa de recristianización de nuestro noble pueblo no haya vacilaciones ni regateos, ni cobardías ni indiferencias, para que trabajemos por Tí cerca de esas almas

extraviadas a fin de que seas de ellas ya que por ellas diste la vida en el Arbol Santo de la Cruz.—EME DE E.

Teatros y Cines

El remolino.—La cinta utiliza diversos medios, muy propios de la moral americana, y hasta justifica un suicidio con un propósito heroico. Pero, pese a estos defectos, tiene un fondo tan humano, que los efectos morales aludidos se atenúan y compensan. Consigue además, con sobria ternura, aciertos dramáticos esmerados y se exime de la vulgaridad, por el éxito de dirección.

Su único pecado.—Una obligada ausencia de su esposa, y por circunstancias imprevistas, es la causa de que conozca a una linda obrerista, que, desde luego, la fascina; pero no solo no busca, sino que aún rehuye la ocasión que se le presenta propicia para una intimidad pernicioso, fijo siempre su honrado pensamiento en la ausente.

Las circunstancias, los azares de la vida los atrae con fuerza, que avasalla a la inquebrantable voluntad del consecuente marido, que, al fin, es vencido en la empresa.

El argumento da idea de la película que ha de ser una constante sugerencia del adulterio, que, por añadidura, desenlaza en el suicidio de la infeliz obrera.

Un caballero para todo.—La comedia es ingeniosa y entretenida, y acierta a veces con plenitud en lo cómico, siquiera degenera a ratos también en lo exagerado y falta de espontaneidad. Así y todo, cumple con creces su misión hilarante, sin que le falten detalles magníficos de dirección, números musicales de fino humorismo y una interpretación atinadísima.

La música es grata y ligera, la pre-

sentación excelente y la moral, salvando algún pequeño tropiezo, aceptable.

La chica del surtidor.—Hábilmente se ha dispuesto aquí elementos cómicos simplísimos para una ligera comedia de fino humor y graciosa contextura. La fábula penetra con espontaneidad en la técnica cinematográfica. Fluye la acción rápida, sorprendente, hasta el término, acaso previsto pero grato y ajustado al tono fácil y riante del «film». En fin, los pocos números musicales que se adaptan a las situaciones cómicas más críticas, son muy propios, y la interpretación atinadísima. En la moral, todo es, cuando no todo enteramente aceptable, por lo menos de poca o ninguna profundidad malévolos.

Erika.—Erika es el nombre de una pimpante muchacha, dependiente de una perfumería, tan atrayente y popular, que es solicitada por la clientela como preferida para que despache; habiendo merecido la predilección de dar el su nombre a una selecta agua de colonia.

Como es uso en las dependientes de opereta, se enamora de ella un cliente de alto copete, y ello proporciona suficiente intriga para obtener una cinta que entretiene, sin grandes pretensiones.

Mi vida entera.—La cinta es demasiado teatral para que impresione cinematográficamente. Largos diálogos, acción lenta, todos los defectos en suma, de un drama que no puede vivir en la pantalla.

El problema moral que plantea, se desenvuelve en un plano de amoralidad. Los amantes de la acción injertada en el drama, son amantes terribles, como los de la leyenda, que llegan a suicidarse juntos en un vulgar arrojar-se por una ventana.

Mi pasado.—En realidad no es el pasado lo que más juega en la película, puesto que se adivina más que si

se presenciase.

El amigo viejo, el paternal amigo, se sacrifica en beneficio del joven cuyo corazón converge en sus anhelos con los deseos del protector abnegado y cariñoso, que no duda en sacrificar su propia dicha para que sean felices los dos jóvenes que se quieren.

En esta ocasión no se consigue la felicidad buscada, sin antes producir un divorcio y tras diversos excesos de cariño.

Las aventuras de Alberto Rey.—El título dice ya bastante sobre lo que juega la significación de apellido, que es motivo suficiente para una complicación inocente en que un ingenuo agente de seguros es confundido con el monarca, con quien le iguala un asombroso parecido.

Tiene detalles de verdadera gracia, y toda la película se halla impregnada de humorismo.

El rápido de Roma —Es una cinta de aventuras, en que constituye el apoyo principal de la trama la captura de un famoso cuadro robado de una colección valiosa. La película se hace interminable, y con ello resta mérito al interés de que no carece.

La mujer de otro.—Reune esta película no pocas de esas extravagancias tan típicamente norteamericanas. Su asunto es de una moral extraña. Además de sus numerosas incongruencias, la cinta, que no sube de la mediocridad en ningún otro aspecto, ofrece también inmoralidades ópticas, digno cortejo de las que son entrañas del asunto.

A la luz del candelabro.—Graciosa comedieta con situaciones de verdadera fuerza cómica y muy bien interpretada.

Ciertas situaciones, proporcionan a la película cierto tinte de libertad y desenvoltura, con la consiguiente caricatura de maridos celosos y escenas sugeridoras de adulterios.

Perdone señorita.—Sin que llegue a emocionar, se suceden las escenas,

fundamentalmente unas y sin explicación otras, sin que tengan una determinada cohesión pues lo mismo pudiera terminar unas escenas antes como continuar unos minutos más y no experimentar detrimento en su totalidad.

La consecuencia que parece ser se intenta sacar de la película y el medio de la acción son, desde luego, censurables.

Juventud triunfante.—Alocadas escenas de la vida estudiantil y para hiltanarlas la simpática figura de un ru-do hombre que, conseguida una beca en la universidad, empieza por luchar con sus compañeros, que le desprecian por su modesta posición social y termina por sobresalir por su simpatía y habilidad en los deportes.

Nada transcendente; simpáticas escenas de juventud y camaradería; algunos momentos graciosos; ciertas alusiones de dudosos gustos.

Un par de tíos.—Con insignificante asunto, cuyo desarrollo y desenlace pudiera lograrse muy bien en pocos minutos, se realiza esta comedia reuniendo una cuantas escenas cómicas que, en gran parte, no aportan dato alguno al conjunto de lo que es la médula del argumento.

El caso es que se obtiene una película cómica con numerosas situaciones graciosas que e mantienen con constante hilaridad al espectador.

La flor de Haway.—Es un episodio de la lucha por la independencia de las islas hawaianas, que da lugar a la presentación de danzas exóticas y a desfiles militares en el palacio del gobernador de la isla.

Ha sido llevada a la pantalla con todo su valor espectacular, la opereta de Paul Abraham. Como es natural, mas bien gana en agilidad y movimiento, aunque con ello avanza también en las exhibiciones plásticas de que ya hace alarde la opereta con ingerencias revisteriles.

E. ABRIL.



Perfecta elaboración de VELAS PARA EL CULTO

según interpretación auténtica del Rescripto de la Sagrada Congregación de Ritos, fecha 4 diciembre 1904.

Fabricadas a base de ceras puras de abejas de Andalucía por la antigua y acreditada

Cerería Pontificia

Andújar (Jaén)

Fundada el año 1840

Marca «CERA». Para la Santa Misa y cirio Pascual.—Estas velas contienen un mínimun de 60 por 100 de cera pura de abejas.

Marca «LITÚRGICA». Para los demás actos litúrgicos.—Estas velas contienen un mínimun de 30 por 100 de cera pura de abejas.

Marca «ECONÓMICA». Para procesiones, funerales, etc., etc.—Estas velas no contienen nada de cera pero tampoco se doblan con el calor.

INCIENSOS LEGÍTIMOS DE ARABIA

A esta Casa, bendecida por la Santa Sede, le han sido concedidas la Cruz «pro Ecclesia et Pontifice» por S. S. León XIII (12 junio 1901) y el título de «Fornitore Pontificio» por los Sumos Pontífices Pío X (5 abril 1907), Benedicto XV (20 junio 1917) y Pío XI (16 mayo 1922).

Clases garantizadas

Envíos a todas partes

VINOS PUROS DE VID

PARA CONSAGRAR

elaborados conforme a lo resuelto por la Congregación del Santo Oficio

AGUSTÍN SERRANO GONZÁLEZ

(Propietario-Cosechero)

MANZANARES (ESPAÑA)

Este casa no exporta más vinos que los elaborados con mostos de sus viñas.

Envíos garantidos a todos los países.

Recomendados por varias Su oridades eclesiásticas.



PLUMADAS

Notas de ayer en artículos cortos

POR

DANIEL AGUILERA CAMACHO

Cinco pesetas

Imprenta «El Defensor de Córdoba»



VELAS LITÚRGICAS

PARA EL CULTO — CALIDADES GARANTIZADAS
MARCAS REGISTRADAS

MAXIMA: Para las DOS VELAS de la Santa Misa y Cirio Pascual.

NOTABILI: Para las demás velas del altar.

Fabricadas según interpretación auténtica del Rescripto de la Sagrada Congregación de Ritos, fecha 14 Diciembre 1914.

Economía increíble

usando mis velas especiales con el

«CAPITEL GAUNA» PATENTADO

El Capitel Gauna patentado evita el goteo de las velas, aun en las corrientes de aire más intensas.

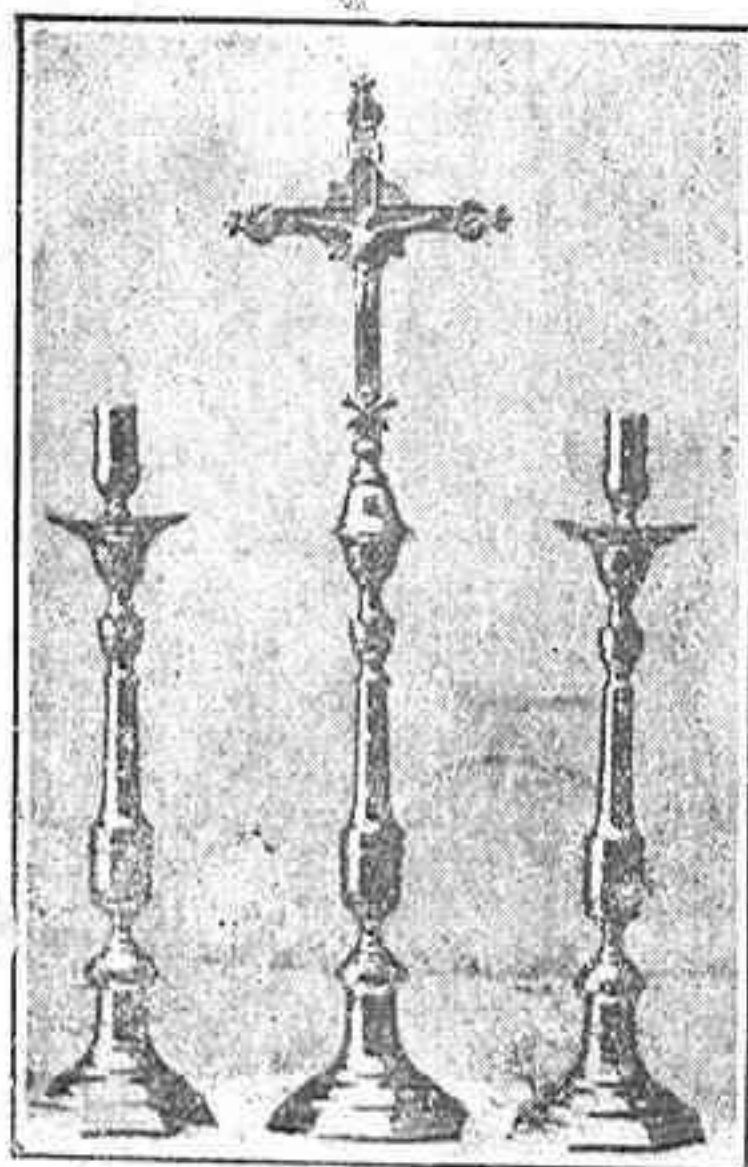
Hagan un pequeño pedido de prueba al fabricante

Hijo de Quintín Ruiz de Gauna
VITORIA (ÁLAVA)

ENVIOS A ULTRAMAR

FUNDICIÓN DE BRONCE

y objetos de metal



Pedro Osuna Bergillos

C. Arévalo, 3.-Lucena (Córdoba)

ARTÍCULOS DE IGLESIA

Esmerada y artística construcción de todas clases